



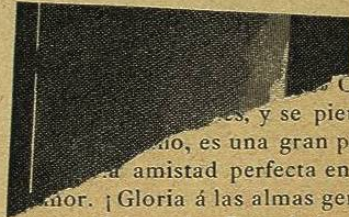
QUÉSTABA Quintilia sentada junto á su ventana, y contemplaba la noche, sumergida en una dulce meditación: en su rostro brillaba una expresión de serenidad que nunca había visto en él Saint-Julien. Presentóse éste á su soberana con cierta expresión de desdén y arrogancia; pero su noble y majestuosa actitud le hizo tal impresión que, obedeciendo á un ademán de la princesa, se sentó sin atreverse á desplegar los labios. Ginetta salió de la estancia, y cerró la puerta tras de sí; apenas quedó sola con su secretario, la princesa le presentó su mano, y le dijo en voz grave y cariñosa juntamente:

—Seamos amigos.

Más bien cedió Saint-Julien á su turbación que á su propio deseo, besando respetuosamente la mano de la princesa; luego quedó en pie y como aturdido. De nuevo le hizo seña de que se sentara á algunos pasos de ella, y al punto la obedeció.

—Severa he sido con vos, Giuliano—le dijo con dignidad y dulzura—pero vos habéis sido injusto conmigo; habéis querido tratarme como á otra mujer, y os habéis engañado. Mucho tiempo hace que estoy en una situación excepcional; mi ca-

rácter, mis ideas, y hasta mis hábitos, han debido llevar un sello peculiar, que me guardaré muy bien de defender; sé que he chocado á muchos, que muchos me han desconocido y calumniado. No diré que esto me es indiferente: ni tengo ese orgullo ni esa filosofía; pero mi suerte está arreglada de un modo que constituye para mí en inevitables y aun necesarias todas las cosas que hago, todas las inclinaciones que tengo, y, por consiguiente, todas las seguras, y arriesgan su vida para ganar un amichas que inspiron. Yo he buscado amigos, y para hallarlos he se limita á gado más que la vida, he expuesto mi reputación, y Dios sabe si ha debido ser infamada por los que no me han comprendido y me han tomado por blanco de sus viles ambiciones. Desengañádoles luego, me he hecho su enemiga, y no hay calumnia que no hayan inventado para denigrarme. ¿Acaso habéis creído, viéndome continuar serena mi camino, que no oía los gritos y los insultos con que me escarnecían? ¿Pensáis que yo recibo imprudentemente á un hombre por confidente, por criado ó por amigo sin saber que le creerán mi amante, y que acaso él mismo irá vanagloriándose de serlo? ¡No, no! Conozco ó preveo todos los peligros á que me expongo; pero quiero arrostrarlos, hallando para ello valor en un manantial inagotable, mi buena fe: los hombres la desconocen, ¡pero no importa! acaso llegaré á convencerlos; sin duda me conocerán algún día, y si este día no llega, ¡tampoco importa! al menos habré abierto el camino á otras mujeres; otras mujeres conseguirán lo que yo no he podido conseguir; otras mujeres se atreverán á ser francas, y sin despojarse de la dulzura de su sexo, adquirirán tal vez la firmeza del vuestro. Se atreverán á fiarse en sus propias fuerzas, á hollar con indignación la prudencia hipócrita, ese antemural

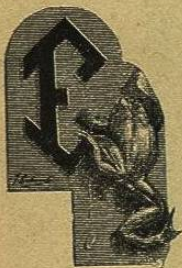


(1) Alusión á la conocida escena entre Alejandro y su médico.—(N. del T.)

Esta palabra *tumba* se mezcló á no sé qué idea en la mente de Saint-Julien, inspirándole cierto terror involuntario. La princesa prosiguió:

—Absolutamente insensible á las pequeñas ambiciones que hubieran podido embriagar á otra mujer, resuelta á vivir sólo conmigo misma, y no hallando la vida posible más que con un sentimiento y una idea ajenos de todo lo que me rodeaba. Finalmente, tomé mis medidas para hacer al menos llevadera la estancia que abracé; entreguéme á todas mis inclinaciones, á todas las distracciones, todas las amistades que me rodeaban: á la caza, la ciencia, los viajes, el estudio, el arte, como ya he dicho, sepultado

mi corazón, y sin embargo aún
esperarla. Si esta
esperanza en ella; pero
no, mi
me



ESTABA Quintilia sentada junto á su ventana, y contemplaba la noche, sumergida en una dulce meditación: en su rostro brillaba una expresión de serenidad que nunca había visto en él Saint-Julien. Presentóse éste á su soberana con cierta expresión de desdén y arrogancia; pero su noble y majestuosa actitud le hizo tal impresión que, obedeciendo á un ademán de la princesa, se sentó sin atreverse á desplegar los labios. Ginetta salió de la estancia, y cerró la puerta tras de sí; apenas quedó sola con su secretario, la princesa le presentó su mano, y le dijo en voz grave y cariñosa juntamente:

—Seamos amigos.

Más bien cedió Saint-Julien á su turbación que á su propio deseo, besando respetuosamente la mano de la princesa; luego quedó en pie y como aturdido. De nuevo le hizo seña de que se sentara á algunos pasos de ella, y al punto la obedeció.

—Severa he sido con vos, Giuliano—le dijo con dignidad y dulzura—pero vos habéis sido injusto conmigo; habéis querido tratarme como á otra mujer, y os habéis engañado. Mucho tiempo hace que estoy en una situación excepcional; mi ca-

gro, y fui feliz: éste es un secreto que no puedo revelarte ahora, pero que espero poderte decir algún día; ten solamente entendido que no fué desde entonces gran mérito en mí llevar adelante mi resolución, y que las ventajas excedieron con mucho á los inconvenientes de mi suerte.

Graves fueron, sin embargo, estos inconvenientes, Luis, y vos me los hicisteis palpar más cruelmente que nadie. Me juzgasteis por las apariencias como hacen todos los hombres, y dijisteis: «Eso no es verdad, porque no es probable.» Con semejante raciocinio se evitan mil decepciones, y se pierde una amistad. Perder una amistad, Giuliano, es una gran pérdida; porque el que hallase una sola amistad perfecta en su vida, casi podría pasarse sin amor. ¡Gloria á las almas generosas que se entregan sin temer traiciones!... Estas beben la copa de Alejandro (1), y arriesgan su vida para ganar un amigo. ¡Pues bien! Yo he buscado amigos, y para hallarlos he arriesgado más que la vida, he expuesto mi reputación, y Dios sabe si ha debido ser infamada por los que no me han comprendido y me han tomado por blanco de sus viles ambiciones. Desengañádoles luego, me he hecho su enemiga, y no hay calumnia que no hayan inventado para denigrarme. ¿Acaso habéis creído, viéndome continuar serena mi camino, que no oía los gritos y los insultos con que me escarnecían? ¿Pensáis que yo recibo imprudentemente á un hombre por confidente, por criado ó por amigo sin saber que le creerán mi amante, y que acaso él mismo irá vanagloriándose de serlo? ¡No, no! Conozco ó preveo todos los peligros á que me expongo; pero quiero arrostrarlos, hallando para ello valor en un manantial inagotable, mi buena fe: los hombres la desconocen, ¡pero no importa! acaso llegaré á convencerlos; sin duda me conocerán algún día, y si este día no llega, ¡tampoco importa! al menos habré abierto el camino á otras mujeres; otras mujeres conseguirán lo que yo no he podido conseguir; otras mujeres se atreverán á ser francas, y sin despojarse de la dulzura de su sexo, adquirirán tal vez la firmeza del vuestro. Se atreverán á fiarse en sus propias fuerzas, á hollar con indignación la prudencia hipócrita, ese antemural

(1) Alusión á la conocida escena entre Alejandro y su médico.—(N. del T.)

del vicio, y á decir á su amante: «Éste no es más que mi amigo,» sin que el amante lo dude ó los espíe...

—¡Sueño dorado!—respondió Saint-Julien—esperanza de un alma entusiasta!!...

—No, yo no soy entusiasta—repuso Quintilia;—pero me conozco, y cuando tiendo la vista sobre mi vida pasada, me digo á mí misma que ciertamente no soy la única en el mundo que no ha mentido jamás. No me toméis sin embargo por una mujer virtuosa, Giuliano; yo no sé lo que es la virtud; creo en ella como se cree en la Providencia, sin definirla; sin comprenderla. Yo no sé qué es luchar conmigo misma; nunca he tenido ocasión para hacerlo, jamás me he impuesto principios, porque nunca los he necesitado; nunca he sido arrastrada á nada involuntariamente: me he entregado á todos mis caprichos sin verme nunca en peligro. Un hombre que no tiene en su alma ningún secreto infame, puede beber hasta embriagarse y mostrar patentes los más recónditos pliegues de su conciencia. Una mujer que no ama el vicio, puede no temerle, puede pasar por en medio de todo ese fango sin coger una sola mancha en sus vestidos; puede tocar las llagas de otras almas, como toca una hermana de la caridad la lepra de los hospitales: tiene el derecho de tolerancia y de perdón, y si no usa de él es porque es mala: ser mala y casta, es ser fría; ser casta y buena es ser honrada. Nunca he creído que esto fuese difícil para las almas bien dirigidas, pero ¡cuán pocas lo están en efecto! Compadezco á las que la fatalidad ha mancillado, pero no las ultrajo; esta es una de las mayores culpas que me imputan, lo sé; conozco lo mucho que me han perjudicado ciertas amistades; sé con qué ironía han recibido mis esfuerzos cuando he querido sostener y consolar á los que la sociedad maldecía, y para esto he hecho uso de toda la energía que me dió el cielo y he permitido á mi orgullo que se alce para hacer cara á la injusticia. Los que se han refugiado bajo mi amparo no han sido abandonados al furor del populacho.

—Lo sé, señora—dijo Luis;—sólo de tres días á esta parte observo lo que me rodea, y sé lo que piensan de vuestra Alteza aun los mismos que la temen y no se atreven á decirlo. Sé que viéndoos dar buena acogida á mujeres desacreditadas y á hombres perseguidos, os acusan de participar de sus pasa-

dos extravíos, y yo admiraría el valor con que los levantáis hasta vos, si no previese, si no supiera que tendréis al fin que humillarlos y abandonarlos donde los tomasteis...

—¿Con que pensáis, Saint-Julien, que no hay curación completa para mis enfermos? Yo por mí nunca desespero de nadie y ambos tenemos razón; vos si me dáis un consejo de prudencia; yo, si me impongo un deber de misericordia. Toda la cuestión se reduce á saber si tengo bastante energía para aceptar las funestas consecuencias de mi resolución; si la tengo, ¿de qué se me puede acusar? ¿No tengo el derecho de perjudicarme, si tal es mi voluntad?

—¡Qué carácter tan singular!—dijo Saint-Julien:—no sabré decir si me encanta ó me aterra.

—Me decís lo mismo que me han dicho muchas veces—repuso Quintilia.—Yo me admiro de parecer singular, y cuando empecé, me esperaba á no encontrar más que auxiliares y amigos. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando me dieron á entender que era una local! ¡Local... Cada vez me admiro más de parecerlo. ¡Vos, y los que tal creen, sí que sois unos locos!!...

—Pero, señora, ¿qué bien se hace á los malos protegiendo su insolencia?

—Yo aborrezco la insolencia y no la protejo; sólo acojo á los desgraciados y á los arrepentidos.

—Ó á los hipócritas cubiertos con esa máscara.

—Verdad es que he sido engañada, Giuliano; esas son las espinas del camino: punzan, sacan sangre... ¿pero debemos retroceder cuando oímos á lo lejos llanto y quejidos que nos llaman? ¡El temor de ser engañado!... para las almas que sienten la necesidad de hacer el bien, ese temor es una pusilanimidad que es preciso vencer.

—¡Señora, señora!—exclamó Saint-Julien—¡nacisteis para ser reina de un gran pueblo y para hacer grandes cosas!

—Ó más bien—respondió ella sonriendo—para ser hermana de la caridad.

—¿Pero qué bien habéis logrado hacer?—dijo Luis tristemente:—vuestras cárceles son más espaciosas, vuestros hospitales son más sanos, y vuestra bondad es un refugio para todos los que la invocan; pero, ¿por haber mejorado la suerte de los miserables, habéis ennoblecido sus almas depravadas, sus malas inclinaciones y su cobarde indolencia? Muchas

veces hemos hablado de esto, señora, y me habéis contestado que en este punto más de una vez han quedado burlados vuestros deseos. Citemos un ejemplo inmediato y en una clase más elevada—añadió, movido por un resto de intención insidiosa y maligna;—Lucioli pasaba por un intrigante ambicioso; vuestra tolerancia cerró los ojos por mucho tiempo y le elevasteis hasta vuestra confianza: ya visteis, sin embargo, que tuvisteis al fin que arrepentiros.

—Esa es una de las espinas de que antes hablaba—respondió.—El día en que ese humilde servidor se mostró insolente, le despedí en efecto, y si me hubiera aprovechado la lección, Luís, no os hubiera llamado, no os hubiera dado mi confianza, temerosa de que fuérais un segundo Lucioli. Bien veis, amigo mío, que los locos tienen su sensatez, que vale tanto como otra cualquiera.

Esta respuesta enterneció á Saint-Julien.

—Sois buena y grande—la dijo—y no merezco vuestra amistad.

—Esperad un poco, Giuliano—le dijo sonriendo—aún no estamos reconciliados. Os he explicado mi carácter y mis ideas y vos me habéis comprendido; sólo falta que me creáis, y aún no os he dado ninguna prueba de mi sinceridad.

Palpitó Luís de alegría creyendo que llegaba á la resolución de todas sus dudas. En su alma rígida, la necesidad de estudiar era aún mucho mayor que la necesidad de amar, y por eso estas palabras de Quintilia fueron mucho más dulces para él que una declaración de amor.

—¡Oh! sí—exclamó ingenuamente;—dadme esas pruebas, á fin de que llore de arrepentimiento á vuestros pies, á fin de que os respete y os bendiga hasta la muerte. Sí, sí, probadme que sois sincera y haré todo lo que vos queráis; os serviré toda mi vida, sofocaré este amor en mi pecho antes de importaros jamás...

Detúvose en esto de repente, porque vió fijarse en él con frialdad y aun con una especie de desdén los ojos de Quintilia; siguió luego un momento de silencio tan precioso para Saint-Julien que, agitado, confuso, empezó á dar pasos por el cuarto.

Volvió la princesa á su habitual serenidad y le dijo:

—Puedo abrir mi papelerá y daros pruebas irrecusables de

la pureza de mi vida; en menos de cinco minutos podría hacerlos ver sobre qué se fundan todas las calumnias de que soy objeto y hasta qué punto son vanas y odiosas las secretas jactancias de Lucioli y de otros muchos. ¿Pero hemos llegado á este punto, Saint-Julien? ¿Este precio me pedís por vuestra amistad?

No se atrevió el joven á responder; púsose pálido y quedó inmóvil.

—¿Me habéis visto alguna vez hacer algo malo?

—¡No señora, no!—respondió.

—¿He manifestado jamás una idea baja? ¿he mostrado un solo sentimiento vil en los seis meses que hemos pasado juntos en mi gabinete?

—No señora.

—¿Habéis tenido alguna vez entera confianza en mí?

—Sí señora, casi siempre.

—¿Qué es lo que os la ha hecho perder?

—No me condenéis á decíroslo, señora; simples apariencias, rumores ridículos, la presencia de la Ginetta á vuestro lado, vuestro desenfado y soltura á veces, y más que todo, vuestras singularidades, vuestros gustos, que se suceden sin excluirse; todo lo que no comprendo me aterra... ¿Pero para qué queréis mi estimación?

—Yo no os la pido, caballero—respondió la princesa;—yo esperaba poder reclamarla.

De nuevo quedaron en silencio, hasta que la princesa haciendo un violento esfuerzo para dominar su propia altivez:

—Sois brutal—añadió—y ningún hombre de vuestra edad se ha atrevido á hablarme de ese modo; eso hace que yo os estime, y que quisiera que me estimarais vos. ¡Pero ved lo que es la confianza, Giuliano! ¿Quién me impediría pensar en este momento que sois el más astuto y hábil ambicioso que se ocultó jamás bajo la capa de una áspera franqueza? Sin embargo, sé que no me engaáis, y que realmente me habláis sin rodeos cuando me ponéis en esta alternativa: vuestro retiro ó mi justificación.—¡Mi justificación!—añadió con una expresión de despecho.—Tomad, esa es la llave de mi papelerá.

Y la tiró con rabia á los pies de Saint-Julien.

—No la levantaré, señora—repuso él, también despechado;

—me miráis como á un insolente, lo he merecido y me voy.

—¡Adiós pues!—dijo presentándole su mano;—es cosa triste que no hayamos podido seguir como antes siendo amigos.

Acercóse el joven para coger su mano, y vió que estaba llorando, lo que disipó en un punto toda su cólera; luego, parándose enfrente de ella cabizbajo y compungido como un niño que no se atreve á pedir perdón, se echó también á llorar.

—Luis—le dijo—¡ahl ¿es posible que mis amigos me hagan sufrir tanto? ¿por qué no son como yo? ¿por qué no creen en mí como yo creo en ellos? ¿por qué todas las simpatías que inspiro, mueren al nacer? ¿por qué me desprecian unos, me desconocen otros? ¿Qué he hecho yo para eso? Cuando toda mi vida ha sido un eterno sacrificio á la amistad, ¿será preciso que yo compre la confianza de aquellos á quienes doy la mía? Cuando os recogí en una zanja, un día en que estabais herido, jadeando, cubierto de polvo, y no muy bien equipado por cierto, ¿por qué no os tomé por un vagamundo y un aventurero de ruin condición? ¿por qué creí en el candor de vuestra mirada, y en la nobleza de vuestras palabras? ¿Tengo yo algo acaso que prevenga en contra mía? ¡Cómo! preguntáis á los demás lo que debéis pensar de mí! ¡no os lo dice vuestro corazón! ¡no he podido ganarle!! ¿Y qué me importa vuestra estimación, arrancada por fuerza? Me volveréis lo que me es debido y vuestra alma no me habrá dado nada...

—Tenéis razón—dijo Saint-Julien, echándose á sus pies;— ¡guardad vuestras pruebas, que no las quiero; reservad vuestro amor para el que le ha merecido, y en cuanto á mi respeto, á mi celo en serviros, á mi amistad, si puedo atreverme á repetir la palabra que empleáis, ponedlos á prueba, señora!... ¡Ahl sí; habéis vencido una naturaleza muy desconfiada y adusta: preciso es que Dios haya recompensado vuestra grandeza de alma con un poder muy grande sobre las almas de los demás. ¡Señoral ¡señoral ¡No os quejéis, no! Siempre que vos queráis hallaréis amigos, y, además, si éstos os faltan, ya procuraré multiplicarme hasta el infinito para obedeceros!

Quintilia, anegada en llanto, se echó en sus brazos, y le estrechó en ellos con una efusión fraternal.

Llamaron en aquel momento á la puerta con mucho tiento,

y habiendo abierto la princesa, entró la Ginetta trayendo un recado muy urgente. Pasó Quintilia con ella al balcón, haciendo seña á Saint-Julien de que se quedase. Muy larga le pareció su conversación, tanto deseaba volver á ver á Quintilia, y recibir de sus labios alguna mera palabra amistosa antes de retirarse; una agitación deliciosa le rebosaba del corazón. En su impaciencia manoseaba todos los objetos que estaban esparcidos sobre la mesa, sin mirarlos y casi sin verlos; pero dió la casualidad de que halló su mano el reloj de la princesa, y le abrió para contar los minutos que le robaba la Ginetta. Al echar los ojos sobre el interior de la caja, un frío de muerte corrió por todas sus venas; oprimió su corazón un recuerdo confuso y doloroso, y luego se apoderó de él una irreprochable curiosidad. Acercóse á una luz, y leyó clara y distintamente el nombre de Carlos Dortan.

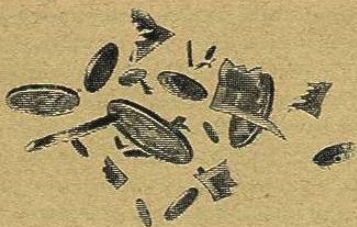
—¡ Infame!—exclamó con sorda voz, tirando con violencia el reloj sobre la mesa;—y luego lo volvió á coger, queriendo convencerse de que no le habían engañado sus ojos. Leyó de nuevo el nombre fatal, observó la caja de platina con los embutidos de oro esmaltado... era absolutamente igual á la que le enseñó el viajero pálido en Lyon, la mañana de su partida, en el patio de la posada.

Aquella historia, que al principio le hizo tanta impresión, no tardó, sin embargo, en borrarle de la memoria. En aquella época Saint-Julien, mucho menos experto, estaba por lo mismo mucho más sobre sí para no fiarse de sus impresiones; dijose, pues, que la aventura del viajero era novelesca é inverosímil, que ni su nombre ni su fisonomía habían hecho el menor efecto en la princesa, y que aun el mismo Dortan no había sostenido su papel hasta el fin, pues no se había atrevido á dirigirla la palabra: forzosamente debía ser un maniático ó un ridículo charlatán, determinado á burlarse de la sencillez de su interlocutor. En fin, no volvió á acordarse de aquella aventura sino confusamente, y como de un sueño doloroso y absurdo.

Profunda fué su indignación al adquirir una prueba irrecusable de la sinceridad de Carlos Dortan. Aquella mujer que tan pomposamente ostentaba la supuesta franqueza de su alma, y que de ella ofrecía pruebas, no le pareció ya más que una descarada histrionisa, una coqueta odiosa, que represen-

taba todos los papeles por su placer, y despreciaba todas las virtudes de que hacía alarde.

Entró Quintilia á la sazón, y Saint-Julien hizo cuanto pudo por disimular el estado en que se hallaba, pero se afanaba muy inútilmente, porque es seguro que la princesa en nada pensaba menos que en él. Dió algunas vueltas por el cuarto con visible agitación, y dijo varias veces á la Ginetta:—Pronto, pronto, mi manteleta con una capucha de terciopelo, y la linterna sorda... Mas habiendo reparado entonces en la presencia de Luís, se conoció que sentía que la hubiera oído; esto no obstante, llegóse á él con suma afabilidad y le presentó la mano, dándole las buenas noches. Besóle Saint-Julien la mano lentamente, procurando mostrar en su ademán la afectada insolencia de un cortesano, y la dirigió la frase más impertinente que pudo discurrir; mas no hubo ella de oírle sin duda, pues le respondió:—Sí, sí, hasta mañana: duerme bien, hijo mío...



XIV



EVORADO de ira y rencor entró el pobre Luís en el cuarto de Galeotto, á quien encontró dormido sobre una novela.

—¡Ah! eres tú—le dijo bostezando—¿de dónde bueno? No se te ha visto el pelo en toda la noche.

—Vengo del cuarto de la Cavalcanti—respondió Saint-Julien.

—¡Hola! ¡hola!—dijo el paje incorporándose;—el señor secretario acaba de ser despedido ó es el más feliz de los mortales, ó es príncipe ya lo menos por treinta y seis horas!

—Jamás me envileceré hasta ese punto—respondió Luís.

—¿Pues qué ha habido?

—Nada, Galeotto, sino que ya sé lo que debo pensar de esa mujer; tú la hacías demasiado favor tratándola de pedante, diciendo que era muy posible que nunca hubiese tenido bastante sensibilidad para cometer una falta... ¡Oh! ¡cómo te engañabas! esa mujer es una impudente ramera que de ningún capricho se priva, que se entrega en secreto á todos los vicios y que tiene la pretensión de pasar por un dechado de castidad virginal y de sentimentalismo alemán: es lo más horrible que hay en el mundo, ¡una hipócrita!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Después de este tremendo prefacio, contóle Saint-Julien todo lo que le había pasado con Quintilia aquella noche.

—Mucho me alegro de saber todo eso que me dices—respondió Galeotto con aire pensativo;—pero en verdad que me dejas pasmado. Muy hábil debe ser esa mujer, cuando ha habido días, aunque pocos, en que á mí mismo me engañaba, y eso que ciertamente nada tengo de crédulo... ¿Pero estás seguro de que no te engañas, amigo mio?

—Seguro, segurísimo, Galeotto, y como siempre he vivido yo también aquí en una continua alternativa, de confianza y desconfianza (con la diferencia de que en mí los días de desconfianza eran muy raros y los otros muy frecuentes), resulta que estoy aún más consternado que tú.

—¡Consternado!—exclamó Galeotto—¿y lo estoy yo por ventura? No, por vida mía. ¿Qué me importa eso á mí? Yo nunca he estado enamorado de ella. Y ¿quieres que te diga lo que se me está ocurriendo en este momento? Es extraño, pero es la verdad. Creo que ahora sería capaz de enamorarme perdidamente de esa mujer.

—¡Cómo! ¡Ahora que debías despreciarla!...

—¡Despreciarla!... ¡qué disparate! Todo lo contrario. Yo la creía pedante, absurda, la hallaba ridícula y me burlaba de ella, pero ahora ya no haré tal porque veo que no la hice justicia; es astuta, embustera, impudente; sabe doblegarse á todos los papeles con tanta destreza que no es posible averiguar su verdadero carácter. ¿Sabes que una mujer así vale mucho y que bastaría ella sola para revolver el mundo si se hallara al frente de un vasto imperio? Con una conciencia tan flexible, con tanto artificio y sangre fría, con tanta perfidia, mucho se puede hacer... ¿y quién nos dice que no lo hará? Preséntase una buena ocasión y ella dará que decir á todas las bocas de la fama. ¿Sabes tú cuál es la primera facultad? La de dominar los ánimos, que es la verdadera grandeza; así se llega á dominar las cosas. Lo dicho, dicho; ya estoy reconciliado con ella, ya no me avergüenzo de ser su paje; podrá darme lecciones, y para sacar más provecho de su escuela, quiero además ser su amante...—Calló por un momento y luego añadió con ademán reflexivo:—Si puedo lograrlo, porque ya veo que la cosa no es tan fácil como parece á primera vista.

—Tampoco es difícil—repuso Saint-Julien:—basta que pases por la calle junto á ella y que le gustes, que ella cuidará de darte su coche é introducirte en sus habitaciones privadas.

—¡Doble motivo, pardiez! Mujeres que tienen tales antojos y los satisfacen con tanto desparpajo, no son para todos; se puede vivir con ella diez años bajo el mismo techo, sin obtener el más leve favor: pueden además resistir al hombre más hábil y más seductor, porque á esas no se las coge por sorpresa. Ahora sí que juraría que Luciola nunca fué su amante; ¡era demasiado estúpido el pobrecillo! Ella hubiera podido abrirle la puerta de su gabinete si el pobre diablo hubiera ocultado los deseos que tenía de entrar en el salón del Consejo. Yo que no tengo el menor empeño de ser príncipe de Monte-Regale, ya me andaré con más cuidado: ganaré su confianza y todo saldrá á pedir de boca.

—¿Con que es decir que lo que me cura de mi insensato amor es precisamente lo que enciende el tuyo?—dijo Saint-Julien.

—Llámalo amor, si quieres; yo lo llamaré de otro modo: curiosidad, disposición, afición á la ciencia, deseo de estudiar el corazón humano.

—¿Y lo que hace que yo la aborrezca y desprecie, te reconcilia con ella?

—Completamente; mas no por eso dejaré de llevar adelante la activa guerra de ardides y observación en que estamos empeñados contra ella; por el contrario, la haré con más celo que nunca, y mis descubrimientos tendrán más importancia á mis ojos. No temas, Giuliano; suceda lo que suceda, jamás te venderé.

—Puedes venderme si quieres, porque no estaré aquí mucho tiempo. Pero escucha, antes de darte las buenas noches, quiero que me cuentes esa historia de Max.

—Lo haré en cuatro palabras. Max era el amante de su Alteza cuando con la muerte del duque su esposo, á quien jamás vió, como ya te dije, quedó soberana libre y absoluta. Estaba Max tan en favor con ella que, según la opinión de toda la corte, iba á darle su mano; así pues, aunque bastardo de diez y seis años, estaba tratado aquí con el mayor respeto. Pero una noche, estando cenando, dió la fatalidad de que se le subieron á la cabeza al joven favorito los vapores del or-

gullo, juntamente con los del marrasquino de Hungría, y sin encomendarse á Dios ni al diablo soltó no sé qué imprudente baladronada en presencia de su Alteza. Es fama que su Alteza frunció las cejas de un modo imperceptible, y no dijo palabra; al día siguiente por la mañana los criados de Max no le hallaron ni en su cama, ni en su cuarto, ni en su palacio, ni en la ciudad, ni en el principado; le buscaron y le aguardaron, pero inútilmente. Nunca más se le vió, ni se volvió á oír hablar de él; parece ser que hubo de por medio un asesinato lindamente ejecutado.

—¿Y nadie pidió venganza de tan horrible atentado?

—Max era un bastardo de quien, sin duda, querían deshacerse en su corte; pero es el caso que ahora tratan de servirse de su nombre como de un espantajo, para obligar á su Alteza á acceder á ciertas miras políticas. El enviado Gurck prepara una pomposa reclamación de la persona de Max, si su gallardía personal no corona sus primeras tentativas. Ya tú estás enterado de estos manejos.

—Y en ellos veo á la justicia del cielo que cae de improviso sobre el crimen impune!

—¡Bah! ¡bah! ahora que miro las cosas bajo su verdadero punto de vista—dijo Galeotto—veo que fué un golpe atrevido para una princesa de diez y seis años.

—¡Tenía diez y seis años! ¡qué horror! —dijo Luís.

—¡Bah! ¡bah! —repuso Galeotto—los crímenes de los príncipes no son como los de los demás. Hay en los grandes destinos humanos resoluciones inevitables, y no es poco saber tomarlas á tiempo y llevarlas á cabo con habilidad: un rapto que no es sonado, un asesinato que á nadie salpica con sangre, un hombre que se elimina como se eliminaría un número, y que se evapora en medio de una ciudad como una gota de agua al sol! Vamos, convengamos en que esto tiene su mérito. Y ni la más leve sombra de remordimiento en una frente de diez y seis años! Y ni un rastro de amargos recuerdos en toda una vida pública. Eso se llama fuerza de alma, y pocos hombres la tendrían.

—Espero que tú no la tendrías—dijo Saint-Julien volviéndole las espaldas.

—¡Aguarda! una palabra —dijo Galeotto deteniéndole.—
¿Has descubierto algo acerca de ese Rosenhaim?

—Nada.

—¿Qué habrá sido de él?... Maese Cantárida está en el secreto.

—¿Á qué apurarnos por la muerte de un hombre —dijo Saint-Julien— en una corte donde un importuno se evapora como una gota de agua al sol?

—Veo que parodias mis metáforas —dijo el paje; — pero te lo perdono si te encargas de penetrar en el pabellón del parque.

—¿En el pabellón donde el profesor de historia natural hace sus experimentos, y se divierte por las noches en echarla de astrólogo y de alquimista, flechando su telescopio hacia la luna y asustando á los perros con inocentes explosiones de electricidad?

—Y donde apuesto las orejas á que está escondido ese amante nocturno; pero al cabo y al fin ese Rosenhaim no hace más que tres días que está aquí, y tres años hace que veo á la princesa frecuentar el pabellón del parque... ¿Sabes una cosa muy rara que me ha dicho la Ginetta?

—Veamos.

—Un día en que, según costumbre, defendía á capa y espada á su señora, creyó quitarme toda posibilidad de creer en el asesinato de Max, diciéndome que su Alteza le había amado con delirio y que era el único hombre de quien podía decirse otro tanto. Respondíla que así lo creía yo en efecto, con tanto más motivo cuanto aquel era el único á quien había hecho asesinar. Entonces se me enfureció la Ginetta y me dijo que no sólo su Alteza había amado á Max, sino que aun después de muerto le seguía amando, y la prueba, añadió, es que todos los días va á encerrarse en el subterráneo del pabellón junto á una tumba de mármol que ha hecho construir allí en secreto y... Mas por cierto, amigo Luís, que me miras con ojos tan desdeñosos que no me atrevo á continuar esta historia; tan extraordinaria es que te vas á reír si te la repito como me la han contado.

—Como supongo que no la darás crédito..... —dijo Saint-Julien.

—¿Qué sé yo? —dijo el paje.—¡Las mujeres son tan novelescas! ¡Hay en las cabezas ampliamente dotadas de inteligencia y de energía contrastes tan singulares, misterios tan

tenebrosos! ¡ Ah! En este mundo es preciso creerlo todo y no creer nada; ¡ es preciso ver!...

—Pero en fin—dijo Luis—esa tumba de mármol contiene una caja de oro, si hemos de creer á la Ginetta. Y esa caja de oro qué contiene?

—No lo sé y la Ginetta sostiene que tampoco lo sabe; pero dice que esa caja tiene la forma y el tamaño de las que se usan para embalsamar corazones humanos...

— ¡ Esa historia es asquerosa y horrible! — dijo Saint-Julien con aire sombrío, después de un largo silencio.— ¡ Asesinar á un hombre y llorarle! ¡ Coserle el corazón á puñaladas y arrancárselo luego de las entrañas para embalsamarle y conservarle como una reliquia ó como un trofeo; encerrarse todos los días en un subterráneo con una tumba y un remordimiento y prostituirse en saliendo al primero que pasa... ¡ Si todo eso es posible, séalo en buena hora!

Dió un fuerte taconazo en el suelo y apretándose la frente con la mano, exclamó con angustia:

— ¡ Oh padre mío! ¡ oh mi antiguo solar, mis labradores, mis bosques, mis libros, mi patria! ¿ Dónde estáis? ¿ Dónde está aquel tiempo feliz en que yo ignoraba todo lo que sé ahora?

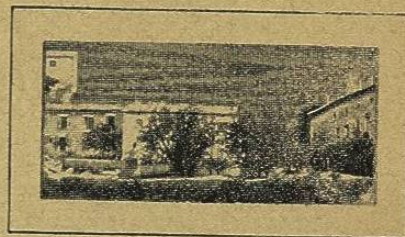
Estaba tan triste y tan abatido que no se atrevió Galeotto á embromarle como solía hacerlo cuando soltaba la rienda á su sensibilidad. Paseóse Luis en silencio por el cuarto y luego añadió con amargo acento:

—Si ese amante desconocido se esconde en el pabellón, debe ser para ella un atroz refinamiento de deleite recibir sus caricias junto al mausoleo de Max; acaso en ese mismo subterráneo fué asesinado el infeliz; acaso su misma tumba sirva de lecho á los monstruosos placeres de Quintilia! ¡ Qué horror! ¡ qué horror! ¡ Me parece que estoy soñando! Esta misma noche se preciaba conmigo, en efecto, de haber sepultado su propio corazón en un ataúd... ¡ bella metáfora por cierto!... pero no me dijo que hubiese sepultado también su cuerpo, ¡ y bien hizo á fe mía!... porque no hubieran faltado muchas bocas para darla un solemne mentís!... ¡ Mira!... levántate y ven á la ventana: ¿ ves aquella luz pálida que atraviesa por entre los árboles del parque? Pues es la de la linterna sorda que mandó encender á la Ginetta para ir á la

cita: padeció esa distracción delante de mí... Pero ¿ qué haces?

— ¿ Qué he de hacer? Vestirme y seguir á la loba.

— Esa es la única palabra puesta en razón que has dicho en todo el día—dijo Luis con sequedad viéndole echar á correr medio vestido, y deslizarse como un gato por los sombríos corredores.



Fué Saint-Julien á meterse en la cama, pero no pudo dormir un punto con sosiego. Soñó que se echaba sobre él una turba de asesinos, que le abrían el pecho y le arrancaban el corazón palpitante, mientras que Quintilia, en pie, inmóvil y pálida, cubierta de pies á cabeza con un manto carmesí, lo miraba todo con horrible indiferencia presentándoles una caja de oro cincelado, llena de sangre.